



Libros en el **jueves**

Cuando viajo, rastreo mucho en los rastros de las diferentes ciudades en busca de libros. No siempre tengo suerte, claro. Hace tres años, en el mercadillo de libros de La Habana, después de recorrer varios puestos sin encontrar nada apetecible, sólo viejos doctrinarios de la revolución castrista y ediciones infames de clásicos rusos, uno de los vendedores se me acercó y me dijo: “Usted es español, ¿verdad?” Y como le contestara afirmativamente me espetó: “Pues no se moleste en buscar libros interesantes que ya pasó Abelardo Linares y se los llevó todos”.

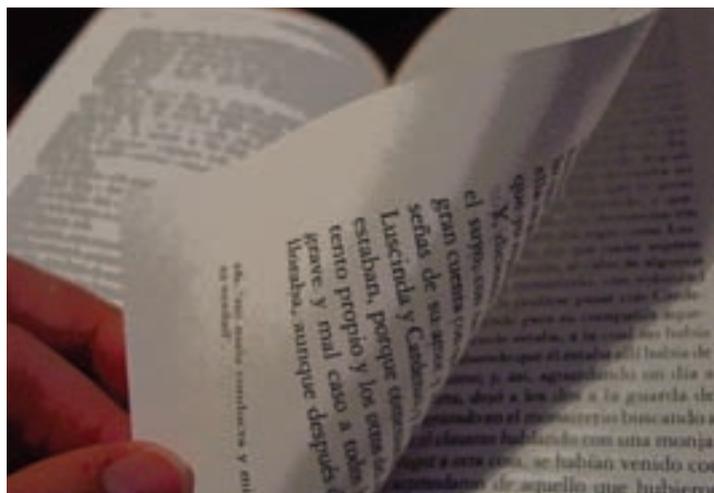
Abelardo Linares, el mítico librero de viejo y editor de Sevilla, se rio mucho cuando se lo conté. El cazador de libros tiene que madrugar, si no quiere que otro mas despabilado le levante la pieza.

Hoy, como es jueves, he madrugado para recorrer el rastro de Sevilla, en la calle Feria, corazón del casco antiguo. Los vendedores exponen sobre la acera un batiburrillo de objetos de lo más variopinto: cafeteras, teléfonos, cántaras, aperos, aparatos de gimnasia, ropa y zapatos usados, viejas cintas de vídeo, cochecitos de bebé de hace veinte o treinta años, muñecas hinchables, discos, electrodomésticos con toda una vida a sus espaldas y libros, naturalmente. Una buena parte del material procede directamente de la basura; otra parte, de trasteros de viviendas condenadas a la piqueta, donde sus propietarios los abandonaron en la mudanza.

El amante de los libros aprende mucho de un mercadillo y, cuando hay suerte, encuentra pequeñas joyas para su biblioteca, libros interesantes que han desaparecido del mercado y quizá no se vuelvan a editar. Además de los libros, me interesan los papeles:

fotos, cartas, periódicos... Una de las joyas de mi archivo es un mazo de cartas dirigidas a una dama, mediados los años cincuenta, por su antiguo director espiritual, un jesuita emigrado a Argentina. Sólo tengo las cartas del jesuita, pero a través de ellas se deducen las de la dama, una encubierta historia de amor y deseo, mejor que la que uno encontraría en una novela (no descarto escribir esa novela algún día).

Hoy he adquirido dos libros: “La canción del pirata” de Fernando Quiñones e “Historia de Mayta” de Vargas Llosa. Los dos los presté en su día y los perdí, como es natural, y ahora vuelven a mis manos, como el hijo pródigo, después de haber recorrido no sé qué mundos. Me gustaría saber qué



Fotografía: Andrea Felipe.

vida hay detrás de cada ejemplar, en qué manos estuvo, qué ojos leyeron sus páginas, qué palabras escucharon, qué vida ocurrió frente a la estantería donde el libro languideció durante años, por qué, en virtud de qué azar, el propietario se libró de él (¿o quizá el libro se libró del propietario?) y acabó en el mercadillo.

Había un ejemplar de mi novela “Yo, Aníbal”, publicada hace quince años. He mirado si estaba dedicado: no lo estaba (a veces hay libros dedicados que terminan en la basura o, con suerte, en el mercadillo. Conozco casos).

Al amante de los libros le gusta rescatarlos del naufragio de las vidas de sus dueños para agregarlos a esa isla ideal que es la biblioteca. El libro cargado con sus vivencias secretas, quizá portador de nostalgias que nos afectan sin que lo sepamos, continúa ejerciendo su función, la de amigo callado y fiel que nos ayuda a soportar la herida del tiempo, tan constante. ■